

LA CARTA A LOS GÁLATAS

UNA CARTA EN RESPUESTA A UN PROBLEMA CONCRETO

Con la excepción de la Carta a los Romanos, única dirigida a una comunidad no fundada por él, todas las cartas paulinas están dirigidas a iglesias que le reconocían como *apóstol fundador*. En estas misivas, Pablo trata de resolver problemas que iban surgiendo entre los cristianos. Estos son casi siempre de carácter práctico.

Pablo tiene la especial capacidad de percibir las cuestiones de fondo que están en juego en estos problemas concretos. Para resolverlos, no se limita a dar una receta. Entiende que los comportamientos son la punta del iceberg de algo más hondo. Profundiza en la cuestión planteada hasta dar con el núcleo de lo que está en juego.

Muchos de los problemas prácticos a los que se enfrentó San Pablo son ahora totalmente irrelevantes. Pero el discernimiento moral y la reflexión teológica que realizó para encontrar soluciones nos hablan hoy con tanto vigor como lo hicieron entonces.

En la Carta a los Gálatas, San Pablo afronta un único problema. Galacia es un territorio en el centro de Turquía. Allí, algunas personas de origen no judío (gentiles, en el lenguaje bíblico) se habían convertido a la fe en Cristo por la predicación de Pablo. Ciertos cristianos que habían llegado de Judea estaban predicando a los gálatas que, si no se circuncidaban, no podían salvarse.

A nosotros nos puede parecer bastante arbitraria la pretensión de estos predicadores. ¡Qué tendrá que ver la salvación con la una intervención quirúrgica! Pero acerquémonos a su modo de ver las cosas. Estar circuncidado era la marca de identidad de todo varón judío. Jesucristo estaba circuncidado, lo estaban los Doce Apóstoles, así como todos los demás cristianos de la primera hora. ¿Quién se cree este Pablo que es para cambiar una norma que cumplió el mismo Cristo y todos los apóstoles?

Los predicadores de la circuncisión aceptaban que el Evangelio de Cristo fuera predicado a los no judíos, pero éstos, al convertirse, debían mostrar a través de signos externos su incorporación al verdadero Israel. Si no lo hacían, se quedaban –según ellos– fuera del rebaño de Cristo, y no podían salvarse.

Pablo encuentra el mensaje de estos predicadores totalmente inaceptable, porque percibe que está en juego algo esencial de la fe cristiana. Por eso, les dice a los gálatas al comienzo de su Carta:

Estoy sorprendido de que tan rápidamente os hayáis apartado de aquel que os llamó por la gracia de Cristo y os hayáis pasado a otro evangelio. Eso no es otro evangelio; lo que pasa es que algunos siembran entre vosotros la confusión y quieren deformar el evangelio de Cristo. Pero si yo mismo o incluso un ángel del cielo os anuncia un evangelio distinto del que yo os anuncié, sea maldito (1,6-8).

CURRICULUM VITAE

A continuación, Pablo nos presenta su Curriculum, la narración de su vida forma parte de su testimonio acerca de la verdad del Evangelio por él predicado. Es, además, el texto autobiográfico más extenso que conservamos del Apóstol:

Hermanos, os aseguro que el evangelio predicado por mí no es un producto humano; pues yo no lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo. Conocéis mi conducta anterior dentro del judaísmo: con qué crueldad perseguía y trataba de aniquilar a la Iglesia de Dios, y cómo aventajaba en el judaísmo a muchos de mi edad en conservar con todo rigor las tradiciones de mis antepasados. Pero cuando Dios, que me había elegido desde el vientre de mi madre, me llamó por su gracia y me dio a conocer a su hijo para que yo lo anunciara entre los paganos, inmediatamente, sin consultar a nadie, en lugar de ir a Jerusalén a ver a los que eran apóstoles

antes que yo, me fui a Arabia y luego volví a Damasco. Al cabo de tres años fui a Jerusalén para conocer a Pedro, y estuve con él quince días. Y no vi a ningún otro apóstol fuera de Santiago, el hermano del señor. En todo esto que os escribo, bien sabe Dios que no miento. Después fui a las regiones de Siria y de Cilicia, y en cambio era desconocido personalmente por las iglesias cristianas de Judea. Tan sólo oían decir: el que antes nos perseguía, ahora anuncia la fe que trataba de destruir; y glorificaban a dios por causa mía (1,11-23)

En primer lugar, Pablo insiste en que su apostolado viene directamente de Dios y no está sujeto a la opinión de los hombres, incluso si estos son miembros de la mismísima Iglesia Madre de Jerusalén. La narración de su vida comienza por poner por delante que él ya ha estado en la defensa a ultranza de la identidad judía, hasta el punto de que ha sido perseguidor del cristianismo. Tras mencionar su pasada condición de perseguidor, narra su conversión de forma muy sobria, especialmente si lo comparamos con el relato mucho más cargado de “efectos especiales” de Hechos de los Apóstoles 9,1-9. Simplemente dice que Dios le dio a conocer a su Hijo. La conversión de San Pablo fue al mismo tiempo una vocación. Desde el momento de su encuentro con Cristo, Pablo afirma que fue llamado a anunciarle a los paganos. Y a eso se dedicó, desde el primer momento.

Al cabo de catorce años, volví a Jerusalén con Bernabé, llevando también a Tito. Fui, impulsado por una revelación divina; y, en privado, expuse a los dirigentes el evangelio que predico a los paganos, para saber si estaba o no trabajando inútilmente. Pues ni Tito, mi compañero, que era griego, fue obligado a circuncidarse, a pesar de que esos falsos hermanos intrusos se habían infiltrado entre nosotros para espiar la libertad que tenemos en Cristo Jesús y hacernos esclavos de la ley. Pero ni por un momento les prestamos sumisión, para que la verdad del evangelio perseverare entre vosotros. Los dirigentes no me añadieron nada -lo que ellos fueran, no me interesa, pues Dios no juzga por las apariencias-, antes al contrario, vieron que yo había recibido la misión de anunciar el evangelio a los paganos, como Pedro a los judíos, pues el mismo Dios que hizo a Pedro apóstol de los judíos me ha hecho a mí apóstol de los paganos; y Santiago, Pedro y Juan, que eran considerados como columnas, reconocieron que Dios me ha dado este privilegio, y nos dieron la mano a mí y a Bernabé en señal de que estaban de acuerdo en que nosotros nos dedicáramos a los paganos y ellos a los judíos, con tal que nos acordásemos de los pobres, lo que he procurado hacer con el máximo interés. (2,1-10. Cfr. Hechos 15,1-35)

Lo que se nos cuenta aquí es el así llamado Concilio de Jerusalén. Esta narración tiene el propósito de poner a los gálatas en los antecedentes de su problema. ¡Esto viene de antiguo! Ya durante el período de la misión de Pablo en Siria y Cilicia había surgido la cuestión de si se debía circuncidar a los cristianos procedentes del paganismo. En el Concilio de Jerusalén ya se tomó la decisión de que la circuncisión no era necesaria.

Según Hechos de los Apóstoles, el Concilio de Jerusalén fue el final del conflicto entre los judeocristianos y los pagano-cristianos. Pero Pablo habla de un episodio que Lucas “olvida” mencionar en Hechos

Cuando Pedro vino a Antioquía, yo me enfrenté a él cara a cara y le reprendí. Pues antes de que viniesen algunos de parte de Santiago, él comía con los paganos; pero cuando vinieron, se retrajo y se apartó por miedo a los judíos; los otros judíos creyentes le imitaron en la misma hipocresía, incluso el mismo Bernabé. Cuando vi que no se portaban conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro en presencia de todos: (2,11-14)

JUSTIFICACIÓN POR LA FE

Lo que viene a continuación es la formulación de la propuesta central de la Carta a los Gálatas, la doctrina de la justificación por la fe, expuesto en forma de un discurso dirigido a Pedro

Si tú, siendo judío, vives como los paganos y no como los judíos, ¿cómo obligas a los paganos a seguir los ritos judíos? Nosotros somos judíos de nacimiento, y no pecadores paganos; pero sabemos que nadie se justifica por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo; nosotros creemos

en Cristo Jesús para ser justificados por la fe de Cristo, no por las obras de la ley; porque nadie será justificado por las obras de la ley (2,15-16).

Para Pablo, “obras de la ley” son los ritos judíos que marcan la identidad de este pueblo, en concreto: la circuncisión, el descanso sabático y ciertas normas dietéticas. Pablo se muestra orgulloso de su identidad étnico-religiosa “Nosotros somos judíos de nacimiento y no pecadores paganos”, pero al mismo tiempo confiesa que la salvación que viene de Cristo es otra cosa. Dejarse circuncidar sería adjudicar la capacidad de otorgar salvación no a Cristo sino a una determinada pertenencia nacional o religiosa.

Circuncidarse o no es un dilema hoy superado entre los cristianos. Pero el evangelio de la justificación por la fe estará siempre vigente. Para empezar a comprenderlo, volvamos a la experiencia personal de Pablo

Pablo ha nacido judío en una ciudad griega. Desde pequeño había aprendido que él no era como los demás, él es diferente, es judío. Pablo había vivido siempre esta diferencia con orgullo. No sólo es un judío de nacimiento, es una persona que ha hecho todo lo posible, ha invertido todas sus energías, en llegar a ser un buen judío.

A través de su esfuerzo ha construido sobre el cimiento de su herencia familiar una identidad personal de la que podía sentirse orgulloso, pero en el encuentro con Cristo, Pablo descubre que esa identidad de la que se sentía tan orgulloso no le aporta salvación.

Circuncidado el octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia de la ley, hallado irreprochable. Pero todo lo que para mí era ganancia, lo he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y aún más, yo estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor, por quien lo he perdido todo, y lo considero como basura a fin de ganar a Cristo, y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia derivada de la ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que *procede* de Dios sobre la base de la fe, y conocerle a Él, el poder de su resurrección y la participación en sus padecimientos, llegando a ser como Él en su muerte, a fin de llegar a la resurrección de entre los muertos. (Filipenses, 3,5-11)

Cada uno de nosotros tiene una identidad como hombre, como mujer. Parte de esa identidad es heredada: pertenecemos a una familia, a una nación, a una civilización. Otra parte cada vez más importante de lo que somos lo construye cada individuo: soy un profesional, tengo tales convicciones políticas o religiosas, soy padre o madre de una familia, etc. Todas estas cosas están muy bien, *pero no salvan*, no son fuente de “justificación”

Somos *justificados por la fe de Cristo*, pero ¿qué en qué consiste eso? Cada vez que Pablo nos habla de este tema nos lleva a la contemplación de Jesús en la cruz: “¡Oh insensatos gálatas! ¿Quién os fascinó a vosotros, ante cuyos ojos fue presentada la figura de Jesucristo crucificado?” (3,1).

Para Pablo, Jesús es el perfecto judío, pero no es exaltado por el Padre por cumplir las normas judías, ni siquiera por sus magníficas enseñanzas o sus milagros. El amor del Padre se refleja de modo especial en Jesús cuando cuelga de la cruz, desnudo –figurativa y literalmente– de todo lo que es. En la cruz, Cristo ha sido despojado de todos sus atributos, –de todo aquello que lo hacía admirable– salvo la pura humanidad.

“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, habiéndose hecho maldición por nosotros (porque escrito está: *maldito todo el que cuelga de un madero*)” (3,13)

Porque hay una maldición en la ley. En principio no hay nada de malo en ser judío – o en ser español o europeo –. No hay nada de malo en haber llegado a ser un profesional reconocido o en haber logrado fundar una familia. Pero *no somos eso*. Cuando esa identidad heredada o construida se convierte en lo que *soy*, se revela como una maldición. Como Cristo en la cruz, soy lo que soy en mi desnuda humanidad.

Como decía Amin Maalouf, la identidad puede volverse asesina: Cristo se *hizo maldición*, murió asesinado por los custodios de la identidad religiosa que no podían soportar su amor a los diferentes, la inclusión en su mesa de todos los excluidos.

PARA VIVIR LIBRES

Pablo despierta en nosotros el deseo de vivir de una libertad que nace de la confianza de sabernos amados no por nuestras cualidades, sino por el simple hecho de existir. Las personas empobrecidas, o aquellas a las que llamamos discapacitadas, nos ofrecen a menudo el inmenso don de mostrarnos esta humanidad sin atributos prestigiosos, sin la coraza de las identidades.

Pues yo, por la ley, he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios. Estoy crucificado con Cristo; y ya no vivo yo, pues es Cristo el que vive en mí. Mi vida presente la vivo en la fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No rechazo la gracia de Dios; pues si la justicia se obtiene por la ley, entonces Cristo murió inútilmente (3,19-21)

Este descubrimiento de lo esencial en el ser humano a través de Cristo impulsa a rebasar las barreras que impone la sociedad, ir más allá de las clasificaciones que compartimentan a los humanos

“Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; pues lo que habéis sido bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo. No hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay hombre ni mujer, pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (3,26-28).

La fe es consustancial con el don del Espíritu Santo, que nos da la experiencia interior de ser aceptados incondicionalmente por Dios como sus hijos:

“Como prueba de que sois hijos, Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abba, Padre!” (4,6)

El objetivo de esta libertad es más libertad. Pero mantenerse en la libertad requiere vigilancia. Los gálatas, procedentes del paganismo, se habían liberado al convertirse a Cristo de “la esclavitud a los elementos del mundo” (4,3), es decir, la idolatría de aquellas cosas por las que se afana la gente (éxito social, prestigio, dinero, placer, poder,...). El Apóstol les advierte que han de permanecer atentos para no convertir su recién adquirida identidad religiosa en un ídolo.

Para la libertad nos ha liberado Cristo. Permaneced firmes y no os dejéis poner de nuevo el yugo de la esclavitud. Mirad; yo, Pablo, os digo que si os circuncidáis, Cristo de nada os aprovechará [...] Yo confío en que, gracias al Señor, no penséis de otro modo; pero el que os perturba, sea quien sea, recibirá el castigo que merece [...] ¡Ojalá se la corten todos los que os perturban! (5, 1.10.12)

Finalmente, ¡pero sólo finalmente! Después del largo recorrido de la Carta, en la que ha dejado claro que somos justificados por la confianza “independientemente de las obras de la Ley”, Pablo afronta la cuestión moral.

Hermanos, vosotros habéis sido llamados a ser hombres libres; pero procurad que la libertad no sea un pretexto para dar rienda suelta a las pasiones, antes bien, servíos unos a otros por amor. Porque toda la ley se resume en ese precepto: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (5,13-14).

La verdadera fe, la que trae consigo la salvación no nos conduce a la pasividad:

Si creemos en Cristo, da lo mismo estar o no estar circuncidados; lo que importa es la fe y que esta fe se exprese en obras de amor (5,6).

El Espíritu Santo no solo proporciona una experiencia de consuelo, sino que nos impulsa a la acción:

Los frutos del Espíritu son: amor, alegría, paz, generosidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, autocontrol; contra estas cosas no hay ley. Los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias. Si vivimos por el Espíritu, dejémonos conducir por el Espíritu. No busquemos la vanagloria, provocándonos mutuamente y teniendo envidia unos a otros [...] Por consiguiente, siempre que tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, y especialmente a los hermanos en la fe (5,22-26; 6,10).